

IX

Era una luminosa tarde de jueves y aquel temor de que apareciese un hombre murciélago había desaparecido por completo. Habían pasado 18 horas y más de 300 kilómetros, y ahora caminaba plácidamente por una calle que desembocaba en una plaza céntrica atestada de personas desconocidas. Sin embargo, entre esa muchedumbre absolutamente indiferente a mi presencia distinguí una cabellera ensortijada y canosa que me resultó familiar. Esos cabellos grises descansaban sobre el cuello de una casaca azul y dorada que cubría una chupa de seda del mismo color colocada sobre una camisa blanca; mientras que una varita en la mano derecha completaba aquella imagen anacrónica. No podía ser él, el verdadero. Es imposible, pensé y luego eché un vistazo a mí alrededor y advertí que había varias caballeras, casacas, chupas y varitas dando vueltas por el lugar. Efectivamente, ninguno de ellos era quien yo creía que podría ser, aunque en ese preciso momento me encontraba en la ciudad de él.

Mi arribo a *Viena* había ocurrido un rato antes tras viajar cuatro horas en un tren de alta velocidad austríaco que partió desde Praga y tuvo un recorrido bastante diferente del que había tenido el IC que me había llevado de Berlín a la capital checa el martes anterior, una fecha que me parecía mucho más distante en el calendario ya que me había ocurrido de todo un poco desde entonces.

Tal vez, la diferencia entre ambos viajes no haya sido el paisaje exterior al tren, sino el abordaje al mismo en *Praha HBF*, el cual fue verdaderamente caótico dado que las señalizaciones en la estación y el andén no me resultaron tan claras como en la capital alemana. Y al subir a la formación por el vagón equivocado -de acuerdo a los datos de mi *ticket*- me costó mucho esfuerzo y tiempo acomodarme dentro de la misma por lo reducido del espacio en función de la gran cantidad de pasajeros quienes, en su

mayoría, habían cometido el mismo error que yo. Así que deambulé a los empujones por los pasillos del tren con mi valija en mano y pasando de un asiento a otro a medida que alguien aparecía y me mostraba que en su *ticket* tenía aquel lugar asignado hasta que llegué al vagón que me correspondía, en el que las butacas no estaba numeradas.

Evidentemente, no fui el único inútil en no leer bien las indicaciones, me consolé. Y mientras trataba de abrirme paso de un lugar a otro me crucé con uno de los argentinos con el que había mantenido un breve diálogo en la estación de Praga. “Te dije que estuvieras atento porque acá no es lo mismo que en Berlín”, me dijo entre risas, y desde la comodidad de su asiento, aquel hombre regordete de bigote morocho, quien ya tenía experiencia en un viaje como éste porque, según él, se trataba de la tercera vez que lo hacía. Antes había estado acompañado de su familia, ahora lo hacía con amigos, quiénes se veían tan desorientados como yo.

Le devolví una sonrisa nerviosa, asentí con la cabeza y pasé por delante suyo en silencio hasta que finalmente encontré un asiento libre junto a una ventana, en un *box* de cuatro lugares separados en dos pares por una mesa.

El recorrido desde Praga comenzó hacia el Este, bordeando el *Elba* hasta *Pardubice*, desde donde continuó en igual sentido y a través de zonas llanas y descampadas hasta *Ustí nad Orlicí*, punto en el que el tren dobló marcadamente hacia el sur. En ese tramo del trayecto nos encontramos varias veces cerca del río *Trebovka*, aunque predominaron otros cauces menores, lagos y lagunas. Y en ese escenario, las vías del tren principalmente corrían a la par de alguna ruta que en ocasiones la veía a la derecha de la formación y en otras a la izquierda.

Otro de los ríos que decoró aquel paisaje modesto durante el viaje fue el *Svitava*, que atravesaba varias ciudades pequeñas y amplios parques, muchos de estos con bosques bajos, viejas construcciones y espejos de agua, ubicados en la zona de *Blansko*.

Claro que todas estas instancias las fui aprendiendo desde el mapa interactivo en mi *Smartphone* ya que desde un tren de alta velocidad que no tenía paradas intermedias no se alcanzaba a detectar ningún cartel de señalización y apenas se podía ver, a la distancia, algún edificio o accidente geográfico atractivo.

El Svitava me acompañó hasta *Brno*, la segunda ciudad más importante de la República Checa y ex capital del reino de Moravia, la cual se caracterizaba por sus edificios modernistas y la vida nocturna, por un lado; y un castillo medieval, sus jardines, una antigua cárcel con túneles abovedados y la catedral barroca de San Pedro y San Pablo, por el otro.

Aquí llegué a la mitad de mi viaje, cuya única parada fue en *Bréclav*, donde crucé a *Austria*. Recién entonces, un guarda controló mi *ticket* con un lector electrónico y el paisaje se transformó. La primera estación por la que pasamos fue la de *Bernardsthal Bahnhof*, un diminuto chalet de paredes amarillas ubicado junto a un lago rodeado de árboles.

Desde allí, el escenario fue bastante similar: terminales de escasas dimensiones y coquetas, y a ambos lados de las vías inmensos campos sembrados y arboledas cercanas a la frontera este, lindante con *Eslovaquia* y demarcada por el río *Morava*, que por momentos se veía lejano y otros directamente permanecía oculto detrás de la vegetación y de alguna edificación.

A la altura de *Angern/March Bahnhof*, el tren tomó hacia el oeste, alejándose del Morava y de territorio eslovaco, y adentrándose en zonas urbanas, con casas bajas que conformaban barrios, hasta llegar a la amplia jurisdicción de Viena, que comenzaba en el club de golf de *Süßerbrunn*. Y en cuestión de minutos, el tren cruzó el *Danubio* y finalmente arribó a *Wien Hauptbahnhof*, en el corazón de la capital austríaca.

La estación central vienesa no tenía nada que envidiarle a un aeropuerto internacional por su confort y, especialmente, la organización para que los pasajeros se ubicasen rápidamente y supiesen a dónde debían dirigirse, por lo que salir de allí para tomar un taxi hacia mi alojamiento fue extremadamente sencillo y rápido.

En el trayecto, de unos tres kilómetros, ensayé un breve diálogo con el taxista, primero en inglés y luego con algunas frases en alemán que yo había aprendido en Berlín, ante lo cual, el chofer me felicitó y me dijo que me quedase tranquilo porque no iba a tener mayores inconvenientes para comunicarme en la ciudad.

Mejor aún me fue al realizar el *check in* en el hostel que tenía reservado por dos noches ya que me atendió una joven recepcionista que no sólo me habló en inglés sino que al ver los datos de mi documento de identidad comenzó a dirigirse en español.

-Yo estuve recorriendo Argentina hace algunos años -me comentó de tal manera que me fue imposible distinguir su tono de lengua natal.

-*Oh, yes?* -reaccioné automáticamente.

-Podemos hablar en español, si quieres -la recepcionista me miró risueña y con el entrecejo levantado.

-Claro, sí -respondí mientras una sensación de calor me recorrió el cuerpo de abajo hacia arriba como una descarga eléctrica-. Es la costumbre de estar viajando por varios países extranjeros, perdón.

-No hay problema. Suele pasar.

Si hubiese habido un espejo delante mío en aquel momento seguramente me habría visto con el rostro colorado de vergüenza, así que completé el formulario de admisión en silencio, con la cabeza gacha y luego me dirigí a mi habitación, ubicada en el piso superior y con vista a la avenida *Wienzeile*, con una traza para cada mano

separadas por un ancho bulvar de asfalto construido a principios del Siglo XX para encauzar el río Wien.

A su vez, ese enorme playón en medio de ambas manos de dicha avenida era la base sobre la que funcionaba el *Naschmarkt*, el mercado callejero más popular de Viena que se extendía a lo largo de 15 cuadras hacia el centro de la ciudad.

Según el folleto que tomé de la recepción, la “*golden age*” (“edad de oro”, en inglés) de Viena fue durante el reinado del emperador *Francisco José I de Austria* - miembro de la casa *Habsburgo*-, entre 1848 y 1916, el tercero más largo de la historia europea detrás de Luis XIV de Francia y Juan II de Liechtenstein.

En ese período, la población creció a dos millones, la mayoría de ellos inmigrantes de todas partes del Imperio Austro-Húngaro; y entre las dos guerras mundiales se conoció como la “*Viena Roja*” mientras el resto de Austria se convirtió en fascista y dio la bienvenida a la invasión de Hitler en 1938.

Después de la Segunda Guerra Mundial, Viena, al igual que Berlín, fue dividida entre los aliados hasta 1955, tras lo cual, la ciudad forjó su propia identidad a partir de las grandiosas épocas pasadas y no tanto a sus experiencias en los 30' y 40'. Y en 1989, con la caída de la denominada “Cortina de Hierro”, quedó nuevamente en el medio de la acción y fue una salida para el Este.

Bella y pacífica, Viena se dividía en 23 distritos -el 1 asignado a la *Ciudad Vieja*-, cuyos nombres figuraban en la nomenclatura de las calles y se desplegaban en forma de anillos desde el centro hacia afuera, territorio que se podía cubrir por completo con el transporte público, principalmente el Metro, que operaba todo el día y ofrecía *tickets* de hasta 72 horas, durante las cuales, no había restricción en el número de viajes.

Mi habitación tenía un cómodo perchero en el que colgué la mayoría de las prendas que llevaba en la valija, entre ellas, el pantalón de *jean* que había vestido

durante el viaje en tren y que ahora había cambiado por un pantalón tipo bermudas. Más liviano de ropa, salí del hostel en el que la mayoría de huéspedes eran jóvenes que viajaban solos y que ya habían estado por todas partes del mundo. Estos chicos se encontraban en el sector del living de la planta baja, junto a la recepción, tirados en los sillones o almohadones esparcidos sobre el piso de alfombra y madera, interactuando con sus *Smartphones* y *laptops*, el centro de sus propios universos.

“Con lo lindo que está el día para salir a pasear”, me dije echándoles un vistazo sin que ninguno de ellos pareciera importarle lo que ocurría a su alrededor.

Crucé la avenida hacia el bulevar del medio a la altura donde comenzaban las dos hileras enfrentadas entre sí de puestos del Naschmarkt, el cual, a esa hora temprana de la tarde, más cercana a la merienda que al almuerzo, tenía poca actividad, lo que me permitió disfrutar con tranquilidad de las tiendas abiertas que ofrecían una infinidad de alimentos para comprar y llevar, mientras que los locales para comer y/o beber allí mismo permanecerían cerrados hasta la cena.

Me sorprendió la limpieza de un predio tan grande y que, a la vez, combinaba olores, texturas y residuos de distintos tipos. Y ante cada puesto cerrado, yo hacía una pausa para conocer más del lugar a través del folleto, el cual indicaba que el Naschmarkt existía desde el Siglo XVI, cuando comenzó a vender botellas de leche. Luego, hacia fines del Siglo XVIII, todas las frutas y vegetales que llegaban a la ciudad en carro se comercializaban allí. En tanto, los productos que eran transportados por el Danubio se vendían en otros puntos de Viena.

Y para fines del Siglo XX, el mercado se volvió una atracción turística que atraía visitantes de diferentes partes del mundo y se estableció los sábados como la jornada en la que abrían todos los puestos.

En mi recorrida bajo los toldos que me protegían del sol vi especias exóticas, quesos, panes, tortas, carnes y mariscos. También había *Sushi*, pescado, *Kebab* y comida local como el *Kaiserschmarrn* -crepes dulces y gruesos con pasas, almendras y trozos de manzana acompañados de alguna compota de frutas- y las *Palatschinken* -una masa más fina que los primeros, como los franceses-. Pero, además, ciertos puestos ofrecían prendas de vestir, accesorios y *suvenires*.

En total, eran más de 600, entre ellos un café-bar con forma de barco, por lo que no puede detenerme en cada uno porque me hubiese llevado demasiado tiempo y no habría podido llegar hasta el centro de la ciudad, mi siguiente punto en el mapa.

Al salir del Naschmarkt llegué al *Girardipark*, junto a la estación *Karlsplatz* del U-Bahn, la cual también estaba rodeada por un amplio y verde parque. Allí tomé hacia mi izquierda, por la *Museumsplatz*, la avenida en la que se ubicaban los principales museos de la ciudad como el de *Historia Natural*, cuyo inmenso edificio lindaba con el *Parque María Teresa*, atractivo por la estatua en honor a quien fuera emperatriz entre 1740 y 1780.

Nunca imaginé que Viena tuviese tantos espacios verdes, lo que me llevó a verla como a Berlín, aunque más pequeña e imperial, y menos bohemia. Sin embargo, al cruzar el parque María Teresa hacia el *Heldenplatz* tuve la misma sensación de relajó ante el desparpajo de los más jóvenes sentados en rondas, sobre el pasto y a la sombra de los árboles, entre flores multicolores y arbustos perfectamente podados, como en la capital alemana, sobre todo, el sector oeste.

Sinceramente, me resultó tan difícil prestarle atención a cada uno de los monumentos que se erigían en el parque que caminé de un lado a otro, girando sobre mí mismo hasta darme por vencido y dejar de tomar fotografías.

Pero no siempre había sido así. Unos 150 años antes, el corazón de Viena estaba rodeado de muros que luego fueron reemplazados por un perímetro de árboles que circundaban lo que actualmente se conocía como el “*Ring Road*”, que incluía siete museos, el *Palacio Hofburg*, el *Coro de los Niños*, el *Ayuntamiento*, el *Parlamento* y la *Universidad*, como edificios centrales que rememoraban la grandeza del Imperio Austro Húngaro.

Las condiciones climáticas casi veraniegas y el entorno verde, sereno y juvenil fueron los responsables directos de lo que me perdí de conocer por dentro en aquel momento de la tarde. Lo que aprendí de los textos y no comprobé con mis propios ojos fue que el *Hofburg* era el palacio más grande de Viena, la residencia de la realeza austríaca; en especial, de los Habsburgo, que lo habitaron durante más de 600 años, sobre todo en invierno ya que en verano la familia imperial se trasladaba al *Palacio Schönbrunn*, ubicado en la periferia.

Actualmente, el Hofburg era la residencia del presidente de Austria pero a los turistas les atraía más el pasado, como las 2.600 estancias repartidas en 18 alas y el *Museo de Sissi* en honor a la emperatriz *Elizabeth* (1854-1898), los cuales invitaban a un viaje de seis siglos dado que cada uno había dejado su inconfundible huella en la arquitectura, la decoración, las obras de arte y los tesoros, tanto sagrados como seculares.

En total, el palacio constaba de 12 edificios, entre ellos, los antiguos salones imperiales, una iglesia, la *Biblioteca Nacional* de Austria, la *Escuela Española de Equitación*, el *Museo de Etnología* de Viena y los despachos presidenciales.

Y 20 de los mencionados salones estaban abiertos a los visitantes, entre ellos, los utilizados por la *Wiener Hofburg Orchester* para organizar sus recitales de música clásica de mayo a diciembre, cuando se podía disfrutar de las famosas obras de *Johann*

Strauss, Franz Lehár y Wolfgang Amadeus Mozart, el hijo preferido de Viena aunque ésta lo había adoptado ya que la ciudad natal del gran músico fue *Salzburgo*, ubicada unos 300 kilómetros al oeste, en la frontera con Alemania.

Un aspecto positivo de no haber entrado al palacio fue que me ahorré algunos euros, lo que, en definitiva, me resultaba beneficioso ya que mis fondos en efectivo se estaban agotando de a poco y quería guardarme una parte en caso de que me ocurriese una emergencia.

Desde la *Michaelerplatz* frente al Hofburg caminé por la peatonal *Kohlmarkt* hacia el Este, pasando primero por el frente de la blanquecina *Iglesia san Miguel* y luego por delante de las vidrieras de los diversos comercios, ante las cuales se detenían los turistas ávidos de consumir ante una oferta que incluía relojes, joyas, prendas de vestir, calzado, perfumes y otros accesorios de moda, todo en primerísima marca mundial.

Lentamente me abrí paso entre la muchedumbre y doblé hacia mi derecha por *Graben*, otra peatonal con mayoría de locales gastronómicos con terrazas, en dirección a la *Catedral San Esteban*, el principal templo de Viena, ubicado en la ancha y concurrida *Stephanplatz*.

De acuerdo a la guía, esta catedral de estilo se levantó en el Siglo XIV sobre las ruinas de dos iglesias románicas anteriores y durante su larga vida sufrió numerosas reformas y ampliaciones. Y para ser fiel a su historia -y coincidir con las otras capitales europeas que yo había visitado-, el edificio estaba en refacción, por lo que su fachada estaba parcialmente cubierta por una red que colgaba de unas de sus dos torres que parecían pinchar las pocas nubes que rondaban el cielo.

Mientras permanecí de pie y resignado ante esta mole advertí que a mi alrededor pululaban jóvenes disfrazados de Mozart que repartían folletos sobre la *Ópera*, la otra atracción turística por excelencia, la cual se ubicaba a pocas cuadras.

Sin prestarles demasiada atención abandoné la *Stephanplatz* hacia el sur, hasta la *Stock mi Eisen Platz*, donde funcionaba el centro comercial homónimo, el sitio que más personas concentraba en aquel momento de la tarde. Sin siquiera animarme a entrar a alguno de los lujosos locales continué por la *Karntner Strasse*, la cual se asemejaba a una galería abierta ya que no había un sólo resquicio libre a lo largo de una diez cuadras, repletas de vidrieras con ofertas de todo tipo.

Tras recorrer ese kilómetro llegué al cruce con *Opernring*, sobre la que se situaba la gran escalera de entrada al vestíbulo del edificio de la Ópera. Pero justo en la esquina había un espacio al aire libre, con un jardín con una fuente y un sector para alquilar bicicletas y, al otro lado de la avenida, un centro de información turística.

Allí me detuve a descansar en uno de los bancos de la plaza y aproveché para ir a los baños públicos, al tiempo que una gran cantidad de visitantes hacían fila por ambas calles laterales para entrar a la imponente sala de conciertos de estilo neo renacentista y una decoración en rojo, oro y marfil que se combinaba con los revestimientos de madera que potenciaban la calidad de su acústica.

Este teatro estatal había sido inaugurado en 1869 pero debió ser reconstruido casi por completo tras los bombardeos sufridos durante la Segunda Guerra Mundial y un posterior incendio.

La primera obra sinfónica que sonó allí fue la ópera *Don Giovanni* de *Mozart*, quien desde su infancia en la Salzburgo del Sacro Imperio Romano Germánico había demostrado ser un prodigio con el piano y el violín, lo que despertó la admiración de la aristocracia y realeza europea.

Compositor desde los cinco años, a los 17 fue contratado como músico de la corte de Salzburgo y en 1781, tras ser despedido, decidió instalarse en Viena, donde vivió situaciones financieras difíciles.

Con 25 años, Mozart pasó algunas semanas en la sede de la *Orden de Caballería Alemana* en Viena, con el auspicio del arzobispo de Salzburgo. En la capital austríaca trabajó como músico independiente y en 1782 se casó con *Constanze Weber* en la Catedral San Esteban.

La pareja tuvo seis hijos, aunque sólo dos sobrevivieron la primera infancia, y se mantuvo unida hasta la temprana muerte del genio musical que en 1786 llegó a tocar en el Palacio Schönbrunn en una competencia con el maestro de la Capilla Imperial *Antonio Salieri* organizada por el *Káiser José II*, quien prefería al segundo.

En 1791, en la cúspide de su carrera con más de 600 creaciones, Mozart murió a los 35 años y su cuerpo fue bendecido en la catedral de Viena e inhumado en el *Cementerio San Marx*.

Tuve que cruzar la Opernring para poder tener un cuadro lo suficientemente amplio en la pantalla de la cámara de mi celular y así registrar una imagen de la fachada del teatro estatal. Luego, tomé por la *Operngasse* y caminé unos 200 metros hasta un café ubicado frente al *Girardipark*, cerca de una de las bocas de entrada a la estación Karlplatz del U-Bahn.

La terraza de este local, en la que había una hilera de mesas y sillas de madera protegidas por un toldo rojo y otras más cerca de la calle bajo sombrillas de lonas color crudo, ofrecía no sólo una gran vista del mencionado parque sino también del ocaso, por lo que me acomodé allí a ver como el sol se iba ocultando despacito detrás de los edificios.

Giré mi silla de manera tal que quedé sentado de costado al borde de la mesa - bien al estilo parisino-; y, con las piernas cruzadas y la vista clavada en el oeste, disfruté de un exquisito café vienés, el cual vino acompañado de una masa seca y dulce. En tanto, los otros comensales presentes en la terraza ya estaban cenando un rico plato salado con un vino.

Aquel rato me sirvió para relajarme y, sobre todo, descansar mis miembros inferiores ya que los dolores de los pies ya habían subido por las piernas, pasando las rodillas y llegaban hasta la ingle. Y sólo una vez que el sol dijo “hasta mañana” me levanté y emprendí el regreso al hostel por la avenida Wienzeile y atravesando el Naschmarkt, el cual ya se mostraba revitalizado por la apertura de todos los puestos y locales gastronómicos, entre los que se destacaban los que ofrecían comida asiática y de Medio Oriente.

Y al llegar a la cuadra donde se situaba el hostel descubrí que además de los restaurantes con menús del Lejano Oriente había supermercados de los denominados “chinos”, como en la avenida Stepänska de Praga.

Este escenario me resultó beneficioso porque antes de dirigirme a mi habitación pasé por uno de esos comercios para comprar algunos productos de higiene personal como desodorante, champú, jabón y dentífrico, que ya se me habían acabado durante mi estadía en la capital checa.

En el supermercado pagué con tarjeta de crédito para cuidar de mi dinero en efectivo y después fui directo a mi habitación para darme una ducha reparadora y prepararme para salir nuevamente, con las primeras luces artificiales, y cenar lo antes posible ya que las cocinas cerraban tan temprano como en las otras ciudades europeas que yo había recorrido previamente.

Mi primera -y a la postre, única- elección fue el Naschmarkt, al otro lado de la calle del hostel donde encontré un restaurante de comida típica vienesa, con una mesa disponible al aire libre y en el que ofrecían un menú fijo compuesto de un plato principal, una bebida y café o postre; todo a un precio razonable.

Si bien era bastante mala iluminación de la terraza de este local, el cual constaba de un contenedor reformado más un salón cerrado y enteramente vidriado; el cielo despejado y estrellado junto a las velas encendidas sobre las mesas suplían esa falencia, que terminó pasando desapercibida.

Más aún cuando el mesero que me atendió resultó ser un joven argentino que desde hacía un par de años que residía en Europa, mudándose de ciudad en ciudad, según el trabajo que conseguía.

-¿De dónde sos, exactamente? -pregunté mientras el mesero acomodaba los utensilios limpios sobre el mantel de tela blanco, mismo material y color que la servilleta que yo ya había extendido sobre mi regazo.

-Zona norte del conurbano -respondió apurado.

-¿Y cómo terminaste acá?

-Después de terminar mis estudios universitarios como traductor de inglés, en vez de trabajar en el negocio familiar preferí viajar para conocer el mundo. Y una cosa me fue llevando a la otra.... -sonrió el joven justo antes de terminar de alistar mi mesa.

-Buen plan -asentí. Ojalá yo hubiese tenido la posibilidad de haber hecho lo mismo. Seguramente no habría dudado.

-Igual se extraña, eh -el mesero me guiñó un ojo y torció la boca.

-Me imagino.

-Ahora vuelvo -el joven dio media vuelta y se dirigió hasta la barra donde dialogó brevemente con la empleada ubicada en la comanda e inmediatamente después regresó hasta mi mesa.

Sin dudar acepté su sugerencia: un plato de *Goulash* de cerdo y una copa de vino tinto. Y al finalizar, en vez de un postre dulce opté por un café ya que la porción de comida había sido abundante y me sentía más que satisfecho.

Para digerir la cena di un breve paseo por el mercado pero los únicos bares abiertos estaban repletos, lo que no necesitaba de muchas personas dadas las escasas dimensiones de los mismos. Estuve tentado de entrar de todos modos a uno en el que tocaba una banda de rock pero finalmente volví al hostel, donde me llamó la atención que la recepción estuviese prácticamente desierta.

Sin embargo, antes de tomar el ascensor observé que una joven pareja que acababa de llegar de la calle atravesaba rápidamente una puerta con dos pesadas hojas de hierro pintado de gris plomo y ubicada en el centro del *lobby*, junto a los canastos donde se depositaban las toallas usadas. ¡Qué raro!, pensé y me acerqué hasta esa puerta, junto a la cual alcancé a ver en la pared un cartel negro en forma de flecha que decía “*Bar-Breakfast*”.

Abrí una de las hojas de hierro con sumo esfuerzo y crucé el umbral, tras lo cual, me encontré con una escalera que subía y otra que bajaba. Escuché pasos acelerados en la segunda, por lo que descendí por allí hasta toparme con la entrada al bar, un amplio ambiente subterráneo, con pisos y paredes negras, una barra en forma de “L” en un extremo y un escenario en el lado opuesto.

En ambos costados había un par de mesas largas con bancos, donde los jóvenes se reunían a beber y charlar en variados idiomas, al tiempo que un *power trío* ejecutaba su repertorio musical sin captar demasiado la atención del público.

Ordené una cerveza tirada y me quedé parado contra una de las columnas del salón, a metros de la barra y mirando a la banda sobre el escenario. Nada mal, evalué luego de escuchar varias estrofas en inglés.

Era *happy hour* pero en vez de tomarme una segunda cerveza por el precio de una, apenas terminó el recital abandoné el bar y me fui a dormir a la habitación. No sé si esto se debió al cansancio extremo o a la cruda realidad que evidenciaba mi documento de identidad y me convertía en la persona más longeva entre todos los presentes en aquel lugar. Ya estoy grande para estos troles, me resigné.

Las cortinas *black out* que cubrían la ventana con vista al noreste no pudieron evitar que mi habitación se bañara de una luz clara apenas amaneció. Miré la hora en mi *Smartphone* y como el salón comedor ya estaba abierto, me vestí rápidamente y bajé a desayunar.

Mientras tomaba el ascensor hasta el *lobby* del hostel recordé la flecha negra en la pared que indicaba hacia la puerta doble color gris plomo y hacía allí me dirigí. Claro que en esta ocasión, en vez de tomar la escalera hacia abajo subí por la otra hasta el entresuelo decorado básicamente en blanco y verde y con algunos revestimientos color madera, como la recepción.

Me llamó la atención que el comedor estuviese prácticamente lleno tan temprano por la mañana, por lo que me costó entender cómo funcionaba el *autoservicio* y encontrar un lugar libre.

Finalmente me acomodé con una taza de café con leche, dos trozos de pan sin tostar y un pote de jalea de frutos rojos en una mesa larga y ubicada junto al ventanal que permitía ver un jardín de invierno que lucía bastante agreste ya que se encontraba

evidentemente descuidado, aunque su principal función era más bien un espacio para los fumadores empedernidos más que de embellecer el ambiente.

Tomé un desayuno liviano comparado con el de otros jóvenes extranjeros que comieron huevos, platos salados, dulces y frutas casi en partes iguales, tras lo cual, regresé a mi habitación para estudiar mi folleto-guía y determinar mis pasos se seguir, aunque desde la tarde anterior que ya había resuelto visitar el Palacio Schönbrunn, el “*Versailles de Viena*”.

Por ello crucé la Wienzeile hasta la estación *Kettenbrüeckengasse* del U-Bahn, ubicada detrás del Naschmarkt y abordé una formación de la Línea 4 hacia el oeste. Fue un viaje de unos 15 minutos, pasando por otras cinco terminales subterráneas hasta llegar a Schönbrunn, desde donde caminé unos 500 metros hasta la entrada principal del palacio bordeando parte del perímetro norte del predio -que constaba de una hilera de edificaciones con paredes pintadas de amarillo pastel y techos de tejas rojas- por veredas anchas de baldosas y adoquines, adornadas con bancos y arboladas. En tanto, por la avenida lindante circulaban los micros de dos pisos ocupados por grupos de turistas y también vehículos particulares.

Y a medida que avanzaba por la vereda hacia el ingreso pude ir leyendo la nutrida cartelera pública en la que promocionaban las distintas atracciones del palacio, el cual estaba en aquella época del año abierto al público desde las 6 hasta las 21.

Según mi guía, para visitar los inmensos jardines no había que abonar un *ticket* de entrada pero sí para ingresar al palacio y otros sitios cerrados como el *Zoológico*.

El Schönbrunn era una construcción barroca que había sido levantada en el Siglo XVII, primero como un sitio destinado a la casa y luego como residencia de verano de los Habsburgo hasta el final de esta monarquía.

Y fue en ese segundo ámbito, situado en el Siglo XVIII y bajo las órdenes de la emperatriz *María Teresa I de Austria (1717-1780)* que se llevaron a cabo las más importantes ampliaciones del predio.

Su belleza se convirtió en una atracción tan irresistible que el palacio y sus jardines aparecieron en infinidad de películas, postales, pinturas, documentales, novelas y otras obras artísticas; al punto que en 1996 fueron declarados Patrimonio de la Humanidad por la Unesco.

En tanto, la atención en la boletería fue rápida y sencilla dado que muchos de los visitantes, especialmente los jóvenes, pasaron directamente gratis hacia los jardines; mientras que yo opté por pagar la entrada para visitar el interior del palacio sin incluir la entrada al Zoo para no aumentar los costos de mi ajustado presupuesto.

A decir verdad, los zoológicos nunca fueron de mi agrado, incluso de niño, ya que siempre los consideré lugares sucios y olorosos, y, al mismo tiempo, crueles para los propios animales.

Al igual que en Versailles, mi recorrido por el interior del Schönbrunn fue con una audio-guía en español, pero esta vez me detuve menos tiempo a contemplar los recintos de estilo Rococó, con sus ornamentos y una decoración naturalista de gusto refinado, entre los que sobresalían la *Gran Galería* utilizada para los banquetes imperiales; el salón *Chino Circular* donde María Teresa mantenía sus conversaciones privadas con su canciller; el *Chino Azul* en el que *Carlos I* abdicó en 1918; y el desayunador.

Otro de los sitios destacados, y uno de los que más me gustó, fue la *Gran Suite*, ubicada en la esquina noroeste y desde la que accedí luego al *Privy Garden*, donde me reencontré con un sol abrasador.

En remera de mangas cortas, con una gorra -que había encontrado en el fondo de la valija y ahora llevaba siempre en mi mochila nueva- en la cabeza y una botella de agua mineral en la mano caminé por el *Grosses Parterre*, donde una colonia de obreros montaba, como hormigas, un gigantesco escenario en el que se brindaría en los días siguientes un concierto de música clásica. Había altísimas torres de sonido por todo el patio central y una vez que sorteé esos obstáculos llegué hasta la famosa *Fuente de Neptuno*, una de las obras encargadas por María Teresa y cuyo eje central eran las figuras de mármol de dicho Dios del Mar y su séquito.

Tomé varias fotografías de la escultura y después subí por una colina verde hasta otra de las obras contemporáneas a la mencionada fuente: *La Glorieta*, donde pagué para subir a su terraza ubicada a unos 20 metros de altura y tener una increíble vista de los jardines y la parte trasera del palacio.

Allí arriba -había que sumar los aproximados 800 metros de alto de la colina- pude observar tanto el estanque rectangular ubicado detrás de la construcción con forma de arco de triunfo, como otro adelante de la misma y sentí tanto calor que estuve tentado de bajar corriendo y zambullirme en cualquiera de los dos.

La tentación de la que no pude escapar fue la de recostarme sobre el pasto de la colina a disfrutar del excelente clima, imitando a los distintos grupos de jóvenes que se encontraban en aquella posición hacía un largo rato, como si estuvieran en pleno día campestre.

Permanecí unos minutos sentado como indio hasta que reagrupé mis energías y continué mi recorrida de nuevo hacia el patio central, donde giré hacia la izquierda y me extravié por unos minutos en el divertido laberinto de ligustrinas, tras lo cual, bordeé el Zoo -aquí había muchos niños atraídos por el Oso Panda- y pasé por la *Casa de las*

Palmeras primero y el *Invernadero* después, aunque no entré a ninguno de los dos y sólo disfruté de su colorida vegetación exterior.

Ya encaminado hacia la salida, por los senderos cercanos al perímetro me crucé con varios carruajes antiguos alquilados por turistas para que los llevaran de paseo por el predio, a lo que también se podía acceder en los sectores de la Glorieta y el Zoo en los que funcionaban unos trenes panorámicos para trasladar a los visitantes.

Por último, recorrí el *Orangery Garden*, ubicado junto al pabellón para los conciertos musicales del palacio y en el que habían competido Mozart y Salieri; y a la sombra de los naranjos almorcé un sándwich y una cerveza fría que compré en uno de los *food trucks* que funcionaban a metros de la entrada.

El apacible viaje de regreso en el U-Bahn me ayudó a lograr una correcta digestión y en vez de descender en la estación frente al hostel seguí hasta *Schwedenplatz*, donde abandoné la formación y caminé por la orilla de uno de los canales entubados del Danubio junto a un elevado paredón que separaba aquel curso de agua verdosa de la calle y en el que había pintada una serie de *grafitis*, “Igual que en el East Side Gallery de Berlín con la diferencia de que acá el río está del lado contrario del muro”, me dije durante aquel breve viaje en el tiempo a un pasado reciente.

Mi paseo a la par del Danubio se prolongó hasta el puente de la transitada avenida *Franzenbrückenstrasse*, por donde continué en dirección noreste -siguiendo las indicaciones del mapa en mi guía- hasta el parque de diversiones *Prater*, otro de los puntos remarcados en cada uno de los folletos dirigidos a los turistas.

Este parque estaba ubicado en la denominada “*Danube Island*”, un amplio predio boscoso y repleto de plazas al aire libre donde vi jugar a muchos chicos que

parecían recientemente salidos de la escuela. También había *skaters* y adultos realizando actividad física.

La entrada al Prater era gratuita y sólo había que abonar por utilizar los juegos, entre los que se destacaba la *Noria* de 60 metros de alto y un *Carrusel*, ambos de 1897, cuando se celebró el 50 aniversario de la coronación del emperador Francisco José I. “Es el parque de atracciones más antiguo del mundo”, indicaba mi folleto-guía y detallaba que el mismo había sido inaugurado en 1895.

De hecho, todos los *stands* tenían un aspecto antiguo, incluso, los que debieron ser reconstruidos tras la Segunda Guerra Mundial como las cabinas de la *Noria*, la que agrupaba la mayor cantidad de turistas.

Ante esa situación decidí recorrer el resto del parque, en el que había una oferta sumamente variada: montaña rusa, tren fantasma, botes chocadores, casa embrujada y puestos de comidas. Pero hubo dos juegos que me llamaron la atención: el primero fue una especie de figura animal gigante que arrojaba chorros de agua a los visitantes y el segundo una pista de *karting* que parecía un verdadero autódromo.

Me pareció que el valor del *ticket* para este último era accesible, por lo que pagué y di una docena de vueltas compitiendo con un “piloto” extranjero más joven que yo. Fuimos los únicos dos corredores y al finalizar nos saludamos como si fuésemos dos grandes amigos.

Luego de ese divertido momento, lleno de risas y bromas que no entendí del todo, me dirigí al *gift shop* del parque donde compré un agua mineral para reponer la que ya me había acabado y utilicé el WC. Y antes de abandonar el predio tomé algunas fotografías.

Hasta ahí había sido otro día agotador y así me lo indicaban mis ampollados pies, por lo que consulté mi mapa para encontrar una forma de ahorrarme una larga

caminata. Entonces me dirigí hasta la estación *Praterstern* del U-Bahn, ubicada a pocas cuadras y en la que un intenso movimiento de personas me recordó que se trataba de un viernes laborable a la tarde.

El horario pico también lo noté en el tránsito vehicular alrededor de esta terminal, donde presencié mi primer y único embotellamiento en toda Viena y en el que ningún automovilista se atrevió a tocar bocina para quejarse de la situación.

Algo similar me ocurrió cuando, a pesar de la gran cantidad de pasajeros, abordé en forma ordenada la Línea 1 hasta Schwedenplatz y allí combiné sin problemas con la 4 que me depositó en la estación frente al hostel. Nadie me apuró ni empujó, todos pedían permiso y respetaban el espacio de cada uno.

El *lobby* estaba poco concurrido y el bar cerrado, por lo que me dirigí a mi habitación y me acosté en la cama a descansar. Mientras tanto, leí en el folleto-guía que cerca de mi alojamiento funcionaba un histórico café que recomendaban visitarlo. Y una vez que me sentí fortalecido por el reposo me encaminé hacia allí, en dirección al oeste de la ciudad, en sentido opuesto al centro vienés, aunque no mucho.

Fueron pocas cuadras por la vereda de *Wienzeile* hasta que llegué al viejo *Rüdigerhof*, un edificio de estilo *Art Nouveau* situado frente al río, en una ochava rodeada de ligustrinas. El interior de este café-bar era de escasas dimensiones y la mayoría de los clientes se encontraban en la terraza delimitada por una tupida vegetación, lo que generaba una agradable sensación de privacidad, como si fuese un refugio.

Me senté en una mesa para dos, fuera del alcance de los últimos rayos solares del atardecer y con la intención de beber algo fresco. La carta estaba en alemán e inglés, por lo que entendí perfectamente que la mayoría de las cervezas que ofrecían provenían de la República Checa. Si son como las de Praga me van a gustar, me dije y luego

ordené una pinta de medio litro, el cual aboné con las monedas que me habían sobrado de mi visita al Prater.

Con el arribo de las sombras del anochecer dio comienzo a mi partida hacia el hostel. Al llegar allí, el bar del subsuelo ya estaba abierto, por lo que antes de dirigirme a mi habitación fui a tomar otra cerveza a la barra, la cual era atendida por una morena de rulos que me atendió en un perfecto inglés.

Era una joven realmente atractiva y simpática, y me llamó poderosamente la atención cuando me dijo que ella había estado trabajando la noche anterior. Tendría que haberla recordado, pensé mientras bebía de mi *Hoibe*.

Pero antes de que pudiera continuar con mi charla con la *barwoman*, un muchacho de una edad aproximada a la de ella, y también con un *look bastante* similar, se abalanzó sobre la barra y mirando a los ojos de la bella joven le preguntó cómo se brindaba. “*Prost*”, respondió ella, sonriendo, aunque evitando el contacto visual. “¡*Prost!*”, exclamó él al tiempo que extendió su brazo para chocar su vaso con el de la morocha; sin embargo, como ésta tardó en aceptar el brindis ya que no tenía ningún trago al alcance de la mano, el muchacho exaltado terminó haciéndolo conmigo, tras lo cual se alejó tan rápido como se había acercado.

La noche recién se levantaba de su siesta, por lo que el bar estaba semi vacío. Había unos pocos clientes, además del joven exaltado que daba vueltas de un lado hacia el otro, mientras en el escenario un grupo de músicos montaba su *set* para el recital que darían más tarde.

Terminé mi cerveza y subí a mi habitación para darme una ducha que me sirvió para despejarme la cabeza. Luego me cambié de ropas y salí a cenar al local donde trabajaba el mesero argentino, quien esta vez me sugirió un *Schmitzel*, otro de los platos

típicos. Y a mitad de la cena el viento cambió de procedencia y empezó a soplar del sur, descendiendo marcadamente la temperatura.

Así que apenas terminé de cenar, como no llevaba abrigo, regresé directo al hostel, donde el cansancio me ganó por *knock out* y terminé yéndome a dormir sin pasar por el bar.

X

La última maravilla que me ofreció Viena fue el *City Airport Train (CAT)*, un tren directo que en tan sólo 16 minutos unía el centro de la ciudad con el Aeropuerto *Schwechat*, ubicado unos 18 kilómetros al sudeste. El viaje era más caro que la opción de la Línea 7 del *S-Bahn* pero éste tardaba el doble de tiempo ya que tenía paradas intermedias. Además, el CAT ofrecía la posibilidad de realizar el *check in* antes de abordar en la terminal *Landstrasse*, aunque esta opción sólo era posible para pasajeros que iban a tomar un vuelo local con alguna de las aerolíneas austríacas, por lo que no se aplicaba a mi caso puntual. De todos modos, me resultó magníficamente práctico el ahorro de tiempo ya que tomé el *U-Bahn* frente al hostel y en pocos minutos llegué a la cabecera del CAT que salía cada media hora. Un verdadero lujo, sobre todo cuando vi los modernos vagones de dos pisos pintados de gris y verde por fuera y con un confort interior que nada tenía que envidiarle a un avión internacional.

Este tesoro vienés lo descubrí durante mi desayuno en el hostel y se trató de una de mis mejores decisiones porque si algo me había preocupado en todo el viaje fue cómo ir desde mi alojamiento a una terminal aeroportuaria o ferroviaria de la manera más efectiva y, dentro de lo posible, económica.

Y al llegar a *Schwechat* no pude determinar si, en realidad, éramos pocos los pasajeros del CAT ya que yo había viajado solo en uno de los vagones o si el tren era demasiado espacioso y con una capacidad ampliamente superior al volumen de personas que lo utilizaban un día como aquel.

Lo cierto es que arribé al aeropuerto con mucha anticipación, al punto que el mostrador de la empresa por la que iba a volar aún no había abierto al público. Y como ya había efectuado el *check in* vía *online* me fui tranquilo y sin apuro a tomar un café a

uno de los locales de la terminal, tan ordenada y apacible como la ciudad que la acobijaba.

Barajas, otra vez; aunque seguía sin recordar mi primera experiencia allí, lo que quedó en evidencia cuando me perdí dentro de aquella gigante terminal. Afortunadamente para mí, a esa hora de la tarde del sábado había pocos pasajeros y me resultó fácil hallar a un empleado que me diese las indicaciones necesarias para conectarme con el tren C1 hacia *Atocha*, donde me esperaba una formación del *Alta Velocidad Española (AVE)* que me llevaría hasta *Córdoba*.

Sólo así pude obtener mi *ticket* de tren de una de las máquinas automáticas que funcionaban junto a las escaleras mecánicas que conducían a los andenes del subsuelo. Creo que yo ya estuve en este lugar, me dije y esa duda me persiguió durante el viaje de unos 25 minutos hasta la terminal del AVE.

Y a partir de esa primera remembranza, aunque borrosa y parcial, concluí en que era altamente probable que yo haya estado frente a esas máquinas expendedoras de boletos al momento de mi arribo a Europa, presuntamente ocurrido unos doce días atrás.

Bajé del C1 a *Príncipe Pío* en la enorme *Atocha* después de haber pasado por la estación *Recoletos* y aquí, otra vez, viví unos minutos de confusión ya que la cartelería me resultó confusa e insuficiente para entender cómo hacer la conexión con el AVE, lo que se potenció con la gran cantidad de pasajeros que realizaban numerosas combinaciones con movimientos frenéticos y generando una inercia que me arrastró por los pasillos hasta que me planté frente a un empleado de seguridad privada que me guió hacia la terminal marcada en mi boleto electrónico.

Había decenas de andenes o “vías” y mientras los trenes de alta velocidad partían del sector subterráneo “Puerta de Atocha”, las formaciones de corta y media distancia -como el C1- iban y venían de “Atocha-Cercanías”.

Al llegar a Puerta de Atocha tuve que atravesar un control de equipaje con escáneres y detectores de metales, como en los aeropuertos internacionales, tras lo cual pasé a un *hall* en el fui al *toilette* y luego, como faltaba un rato largo para mi partida, me merendé un sándwich de tortilla de papa y un vaso de vino en uno de los locales gastronómicos que funcionaban en el ala Este del *lobby*.

Sentado allí, mirando la pantalla electrónica donde informaban sobre las salidas y llegadas, tuve otro *flash* de imágenes que se dispararon desde mi proyector mental y me hicieron sentir que viajaba a un pasado lejano en el que me encontraba frente a un televisor que sintonizaba un canal de noticias en el que difundían las imágenes captadas por una cámara de vigilancia de la vía 2 de Atocha-Cercanías la mañana del 11 de marzo de 2004.

A las 7.37 de ese día, el tren 21431 que había partido 36 minutos antes de *Alcalá de Henares* -unas 11 paradas hacia al Este- estaba estacionado en dicho andén cuando se produjo una explosión en el vagón 6 y segundos después ocurrió lo mismo con los coches 4 y 5.

En los fragmentos de aquel video, los pasajeros recién comenzaron a correr escaleras arriba con la segunda explosión, en tanto que con la tercera, la pantalla de la cámara se cubrió con una bola de fuego y una cortina de humo negro.

Además, en el tren 21431 existió un cuarto artefacto explosivo en el coche 1 que no alcanzó a estallar y que los equipos TEDAX del Cuerpo Nacional de Policía lo explosionaron a las 9.59.

De acuerdo a los expertos del TEDAX, las bombas habían sido fabricadas de manera casera con explosivo plástico “Goma-2 ECO”, metralla y un teléfono móvil que hacía de temporizador y cuya alarma activaba el detonador. Todo esto fue colocado en mochilas que cargaron los terroristas y cuyo posterior análisis permitieron a los investigadores identificar a los responsables.

El segundo de los blancos de los terroristas fue el tren 21435 -de seis vagones y doble altura-, que salió a las 7.10 de Alcalá de Henares hacia *Alcobendas-San Sebastián de los Reyes* y a las 7.38, cuando iniciaba su marcha en la estación *El Pozo* -dos paradas antes de llegar a Atocha-, sufrió dos explosiones en los coches 4 y 5; mientras que un tercer artefacto que estaba en el andén, a la altura del coche 3, no explotó.

El tercer blanco fue la formación 21713, que partió a las 7.14 de Alcalá de Henares hacia Príncipe Pío y estaba estacionado en *Santa Eugenia* -dos estaciones antes de El Pozo- cuando también a las 7.38 hubo una explosión en el coche 4.

En tanto, el tren 17305 salió a las 7.04 de Alcalá de Henares hacia Chamartín y a las 7.39, en momentos en que se encontraba a unos 800 metros de Atocha, se produjeron cuatro explosiones en los coches 1, 4, 5 y 6.

Como consecuencia de las explosiones murieron 192 personas y casi 1900 resultaron heridas, muchas de las cuales fueron asistidas inicialmente en un hospital de campaña que los servicios de emergencias montaron en un polideportivo ubicado a pocas cuadras de Atocha.

Horas después del atentado, el periódico *Al Quds Al Arabi* recibió en su sede en Londres una carta que afirmaba que unas brigadas vinculadas Al Qaeda habían estado detrás de las explosiones. Sin embargo, desde el gobierno español, y también otros dirigentes políticos, apuntaron a la agrupación terrorista nacionalista vasca *Euskadi Ta Askatasuna (ETA)* como presunta responsable de los ataques.

Ese mismo día se produjeron en toda España, y bajo una persistente lluvia, manifestaciones silenciosas y espontáneas en repudio a los atentados que los canales de noticias de todo el mundo se encargaron de reiterar como en un *loop* que hizo desaparecer las distancias y potenció el dolor.

En paralelo, la reina *Sofía* junto al príncipe de Asturias, *Felipe de Borbón*, se dirigieron al Hospital Gregorio Marañón de Madrid para recibir las últimas noticias sobre las víctimas.

A raíz del atentado, los Estados Unidos ofrecieron su apoyo en la lucha antiterrorista e Israel a sus expertos para el reconocimiento de los cadáveres y el análisis de ADN.

En Francia, las banderas nacionales ondearon a media asta, al igual que la de la Unión Europea, donde la mayor parte de las bolsas cayeron entre un 2% y un 3%.

Para el día siguiente estaba prevista la marcha convocada por el propio gobierno español, en tanto que ETA, a través de un informante anónimo, negó ante la prensa haber sido el responsable del atentado. Pero en el Ministerio del Interior parecían obstinados en apuntar hacia los vascos y remarcaron que en Atocha se había utilizado un *modus operandi* similar a los ataques de dicha frustrados por las fuerzas de seguridad en la Nochevieja de 2002 y la Nochebuena de 2003; aunque los propios encargados de la investigación sospechaban que el detonador empleado no coincidía con los que usualmente usaban los vascos.

Recuerdo el bombardeo mediático cuando, llegada la tarde del 12 de marzo, se transmitieron y retransmitieron las manifestaciones de unos once millones de españoles que coparon las calles con infinitas escenas de un dolor sepulcral.

Sólo en Madrid se reunieron 2,3 millones de personas en la plaza de *Colón* y *Atocha*, donde estuvieron presentes el príncipe Felipe y las infantas *Elena* y *Cristina de*

Borbón, convirtiéndose en los primeros miembros de una familia real en unirse a un acto de este tipo que tuvo como lema “Con las víctimas, con la Constitución, por la derrota del Terrorismo”. También se presentaron en la marcha el presidente español *José María Aznar* (del Partido Popular -PP-), el presidente de la Comisión Europea, *Romano Prodi*; el primer ministro italiano *Silvio Berlusconi*; el primer ministro portugués *José Manuel Durão Barroso*; el primer ministro francés *Jean-Pierre Raffarin*; y los ministros de exteriores de Alemania, Suecia y Marruecos.

A su vez, en Rumania, las banderas nacionales ondearon a media asta y el gobierno declaró un día de luto nacional ya que el atentado se había cobrado la vida de 9 rumanos.

La presencia de diversas figuras políticas no fue casualidad ya que el 14 de marzo se iban a celebrar las elecciones presidenciales de España, en las que *Mariano Rajoy* era el candidato por el PP.

El 13 de marzo, en plena veda electoral, el candidato del Partido Socialista Obrero Español (PSOE), *José Luis Rodríguez Zapatero*, cambió de postura inicial y se contactó con el Ministerio del Interior para aclarar que él ya sabía que el atentado había sido obra de terroristas islámicos.

Es que por la tarde de ese día se halló en una mezquita madrileña un video en el que un hombre con acento marroquí se definió como portavoz de Al Qaeda en Europa y reconoció la autoría de los ataques en Atocha.

La tardía reacción del gobierno del PP para desvincular a ETA del atentado generó nuevas manifestaciones sociales, tanto en Madrid como en otras ciudades importantes como *Barcelona*, en las que rechazaron el retraso informativo oficial. Hasta el líder cubano *Fidel Castro* se pronunció públicamente en contra de la postura oficial.

Y las consecuencias a estas discrepancias no fueron únicamente políticas sino que tuvieron un correlato en la sociedad civil como, por ejemplo, en *Pamplona*, donde un panadero fue asesinado por un policía que estaba franco de servicio y en el marco de una discusión política en la que la mujer del efectivo había intentado forzar al comerciante a colocar un cartel en su local en el que se indicaba que ETA había cometido el atentado.

Ante esta situación, Rajoy criticó las marchas -que incluyeron cacerolazos- por considerar que buscaban influir en los resultados de las elecciones que finalmente dieron como ganador al socialista Rodríguez Zapatero en un acontecimiento histórico ya que tuvo récord de votantes.

Aún se hablaba del triunfo socialista cuando el 18 de marzo fue detenido *José Emilio*, un ex minero asturiano que fue acusado de facilitar los 200 kilos de explosivos utilizados por los terroristas. Y mientras estos eran intensamente buscados, el 26 de ese mismo mes la Policía Nacional allanó un inmueble en el municipio *Chinchón*, en el sudeste de la Comunidad de Madrid, donde se habían activado los celulares de siete de los artefactos que explotaron en los trenes de Atocha. Y no sólo eso, las sospechas de los investigadores apuntaban a que allí también se habían fabricado las bombas caseras.

Luego, el 2 de abril regresaron los fantasmas de los ataques a trenes cuando se halló un artefacto explosivo en el AVE que unía Madrid con *Sevilla*. Sin embargo, esta bomba no contaba con metralla ni celular y no estaba apta para detonar. Y según los pesquisas, la misma había sido dejada dentro de una mochila por pasajeros desconocidos en la estación de *Mocejón*, en Toledo.

De todos modos, el principal avance en la investigación ocurrió al día siguiente, cuando la Policía localizó a un grupo de sospechosos en un edificio de la ciudad de

Leganés, al sur de Madrid. Los efectivos rodearon el inmueble y entre las 18 y las 20 se produjo un tiroteo, tras lo cual, los terroristas se inmolaron al hacer explotar el lugar en momentos en que los comandos tácticos iniciaban el asalto. Como consecuencia de este atentado suicida, murieron ocho yihadistas y un efectivo.

Uno de los que fallecieron ese día fue el tunecino *Serhane*, a quien consideraron como uno de los autores materiales junto a otra decena de terroristas, entre ellos, *Jama* y *Otman*, quienes en 2007 serían condenados a 42.922 años de prisión cada uno.

Para la justicia española, tanto la dinamita utilizada en los 13 artefactos detonados en los cuatro trenes el 11 de marzo como la que explotó en el edificio de Leganés procedían de la mina *Conchita*, situada en Belmonte de Miranda, Asturias; y donde trabajaba José Emilio, quien fue condenado a 34.715 años de prisión.

Además, según el fallo judicial, los autores del “11-M” no habían estado vinculados a la red Al Qaeda -aunque ésta aseguró 35 días después del atentado y mediante un video del mismísimo Bin Laden que el atentado había sido una represalia a las acciones de España en Irak, Afganistán y Palestina- sino que se trató de un grupo yihadista independiente.

El viaje a bordo del AVE fue tan cómodo como en los sendos trenes de larga distancia que había tomado desde Berlín a Praga y de ésta a Viena. La única marcada diferencia fue que el paisaje que me acompañó durante casi dos horas constó de una llanura verde y poco habitada. Se trató de un recorrido prácticamente directo, con dos paradas intermedias: *Ciudad Real*, ubicada unos 180 kilómetros al sur de Madrid; y *Puertollano*, a 15 minutos de la primera. Ambas fueron paradas breves y como el tren viajaba a tan alta velocidad alcancé a ver muy poco de dichas estaciones y sus respectivas ciudades circundantes. Además, en el vagón pasaron una película en uno de

los televisores que colgaban del techo y cuyo audio pude seguir con unos auriculares conectados a mi asiento que me los proporcionó gratis el personal de a bordo; por lo que mi atención estuvo depositada principalmente en esa pantalla.

Habían transcurrido poco minutos desde la segunda y última parada cuando a mi izquierda divisé las sierras de *Cardeña y Montoro*, que me indicaron que ya me encontraba en territorio andaluz y cerca de mi destino, al que arribé a la hora exacta que señalaba mi *ticket*.

Los andenes y el *hall* de la estación de Córdoba no presentaban mucho tránsito de pasajeros ya que la mayoría de los que habían viajado en mi tren siguieron hacia *Málaga*, en la costa del *Mar de Alborán*, donde terminaba el trayecto de dicha formación. Tal vez haya sido esa falta de gente la que me dio la impresión de que se trataba de un terminal más grande de lo que realmente era.

Miré el mapa de la ciudad que había bajado a mi celular y aprovechando que me había recibido una tarde soleada, salí de la estación caminando con mi valija y en dirección al centro urbano, situado a pocas cuadras de distancia.

Caminé hacia el Este por la vereda de *avenida de América* hasta llegar al extremo norte de un amplio parque que se extendía a mi derecha y hacia el sur. Mientras que al otro lado de la calle había otro jardín más pequeño, rodeado de edificios y que a simple vista funcionaba como un área de recreaciones para los vecinos de la zona.

Al tratarse de un sábado, me crucé con una gran cantidad de paseantes, en su mayoría, familias compuestas por matrimonios con hijos pequeños. Y en ese escenario, yo, sólo y con una valija a cuestas, llamaba inevitablemente la atención de todos los que me rodeaban.

Me senté en un banco de plaza construido en hierro forjado y ubicado entre dos árboles, a espaldas de la avenida. No sabía a dónde dirigirme exactamente ya que por

primera vez en mi estadía en Europa no tenía reservado ningún alojamiento. Así que me detuve a observar una torre blanca y dorada que se levantaba en el parque, justo frente a mí, mientras en mi mente analizaba distintas opciones. Y al cabo unos momentos de incertidumbre total me concentré en mi mapa interactivo para ver las ofertas hoteleras más cercanas a mi ubicación.

En ese lapso un hombre calvo, con una larga barba en la que asomaban algunas canas y vestido con una remera de mangas cortas y un pantalón corto se sentó en mi banco y como mis dudas persistían me dirigí hacia él en busca de ayuda:

-Disculpe, ¿le puedo hacer una consulta? -pregunté al barbudo inclinándome hacia él sin levantarme de mi asiento.

-Claro -me respondió con una mirada cordial.

-¿Conoce algún buen hotel, céntrico y económico?

-¿Primera vez aquí? -el barbudo giró su cabeza en círculo, señalando a su alrededor.

-Así es.

-¿Argentino?

-¿Cómo lo supo?

-Por su tono de voz -el barbudo me estrechó la mano-. Mi nombre es Hernán. También soy argentino.

-No lo parece.

-Pero lo soy. Si no, ¿cómo crees que te identifiqué tan fácilmente? -Hernán largó una fuerte carcajada y me palmeó en el hombro.

-Es que habla como un español.

-Por favor, tuteame.

-De acuerdo -asentí sonriendo-. Hablas como un español.

-¡Qué curioso! Mis compañeros de trabajo me dicen que en los quince años que llevo viviendo aquí no se me pegó el acento local.

No supe qué comentar al respecto porque seguía muy nervioso a raíz de mi desconcertante situación. Así que decidí ir directo al grano.

-La verdad es que no sé qué hago exactamente en Córdoba -meneé la cabeza-. Hace más de diez días que estoy viajando por Europa y llegué aquí sólo porque tenía reservado un pasaje de tren desde Madrid.

-¿Cómo es eso? -el rostro de Hernán se tensó y trazó un gesto de seriedad.

-Es complicado de explicar -abrí los brazos con las palmas de mis manos hacia arriba.- Lo único que sé es que para mañana a la tarde tengo reservado mi regreso a Madrid y desde allí, por la noche, un avión de vuelta a Buenos Aires.

-¿Y no tenes hospedaje?

-Exacto -respondí bajando la vista-. Lo más extraño es que en todas las demás ciudades en las que estuve sí había reservado alojamiento, pero no acá.

-¡Qué raro! -Hernán alzó el entrecejo y se llevó los dedos índice y pulgar al mentón.

-¿Me puedes ayudar? -pregunté al cabo de una pausa en la que mi interlocutor permaneció con la mirada clavada en el suelo bajo sus pies.

-Pues sí, hombre -se reincorporó bruscamente, dejándose caer sobre el respaldo del banco.

-Muchas gracias.

-Quedate tranquilo -Hernán se puso de pie y en ese momento advertí que se trataba de un hombre de espaldas anchas y considerable altura, al punto que me dio la impresión de estar frente a un oso pardo-. Esta noche podés dormir en mi casa.

-No hace falta -me paré para tratar de estar a la altura aunque él me llevaba más de una cabeza y eso que se encontraba calzado con un par de sandalias-. Me puedo quedar en un hotel. Todavía tengo dinero y no quiero ocasionarte más molestias.

-No es ninguna molestia -Hernán me volvió a palmear en el hombro-. Es un placer poder hospedarte bajo mi propio techo.

-No sabés cuánto lo aprecio. En serio -estreché nuevamente su mano, sintiéndome aliviado ya que comenzaba a oscurecer.

Hernán residía en el barrio *Huerta de San Rafael*, a unas quince cuadras de la estación de trenes, en un complejo de departamentos que compartía con su esposa -de nombre *Paola* y también argentina- y dos hijas menores de edad, quienes esa noche me recibieron tan amablemente como él lo había hecho en el parque.

El inmueble tenía un balcón con vista al jardín interno del complejo habitacional, el cual contaba con varios edificios que rodeaban una piscina, mesas con sombrillas, reposeras y un quincho cerrado para realizar una comida con invitados. Y bien en el fondo, a varios kilómetros de distancia, se podía apreciar un conjunto de sierras que conformaban el frondoso *Parque Periurbano Los Villares*.

-Hoy dormís acá y mañana temprano te llevo a recorrer la ciudad -me dijo el anfitrión mientras ambos nos encontrábamos sentados en una mesa en el balcón, compartiendo una picada de quesos y fiambres acompañada de una cerveza helada.

-No tenés por qué hacer de guía turístico. Con el hospedaje ya es más que suficiente -insistí, aunque sabía perfectamente que Hernán no iba a ceder.

-Mañana es domingo y hay feria. Un día ideal para conocer Córdoba. Ya vas a ver -el anfitrión alzó su vaso proponiendo un brindis-. Además, yo también quiero pasear por un rato ¡Jajá!

Los cristales de los vasos sonaron al compás de nuestras risotadas, mientras que Paola iba y venía de la cocina donde estaba dándole de cenar a sus hijas. Luego, la mujer acondicionó el cuarto de huéspedes sin que yo me diera cuenta de ello, por lo que al terminar de comer y beber en el balcón hasta pasada la medianoche me encontré con todo listo para irme a dormir.

Y una vez acostado no pude evitar preguntarme por qué este desconocido me estaba recibiendo en su hogar como si fuese un viejo amigo o un pariente cercano. “Hacía mucho tiempo que no estaba con un argentino”, me había dicho él, a modo de explicación, durante la cena.

Evidentemente extrañaba su país, su ciudad, su barrio; ya que Hernán y Paola se habían radicado en Córdoba huyendo de las nefastas consecuencias de la crisis que estalló en diciembre de 2001 en Argentina. Y desde entonces, no habían vuelto, ni siquiera para visitar a sus padres y hermanos que sólo conocían a las dos hijas del matrimonio porque ellos sí habían viajado a España en alguna ocasión, cuando las condiciones económicas mejoraron con el paso de los años.

Pero, según el propio Hernán, él y su familia eran felices en Córdoba porque allí, más allá de las dificultades actuales de la economía local, habían alcanzado un nivel de calidad de vida que jamás hubiesen tenido en su país. “No nos sobra nada, pero tampoco nos falta”, fue lo que me dijo.

Y tenía razón porque más allá de que le resultaba imposible comprar su propia vivienda y tenía que alquilar probablemente de por vida, los servicios públicos como la educación, la salud y el transporte funcionaban a la perfección; había trabajo y la inflación no existía, por lo que tanto los sueldos como los precios se mantenían estables.

Era un estilo de vida previsible y, por ende, seguro. Y esta sensación se traducía también en una mínima tasa de delitos. Entonces, Hernán y Paola podían regresar a su

casa para almorzar entre el turno mañana y el turno tarde de sus respectivas oficinas; dormir una siesta; pasear junto a sus hijas por la calle sin temor a ser asaltados; mientras que las niñas iban y venían de la escuela a solas o acompañadas de sus amiguitas y sin temores.

“Se puede vivir muy tranquilo”, describió Hernán, quien se desempeñaba como un oficinista más, lo que no lo privaba de tener su propio auto, una moto e irse de vacaciones todos los veranos con su familia al exterior de España.

Mi anfitrión me despertó cuando su esposa e hijas todavía descansaban. Yo había dormido poco y me levanté con resaca, por lo que sólo quise tomar un poco de agua mineral en el desayuno, aunque Hernán insistió en que comiera una tostada con trocitos de jamón crudo con un toque de aceite de oliva.

Con la cabeza dolorida y el estómago revuelto salí a la calle conducido por un Hernán exaltado por la excursión que tenía prevista para mí. Era una mañana nublada, lo que, según mi guía, resultaba beneficioso ya que no padeceríamos las molestias del clima caluroso y pesado habitual en esa época del año. “Apenas llegué a Córdoba me dijeron que había solo tres estaciones: verano, invierno y la del AVE”, bromeó Hernán mientras caminábamos por *avenida Del Brillante* en dirección a los *Jardines de la Merced*, envueltos en un profundo silencio que dominaba la vía pública de aquel barrio que parecía periférico a pesar de que se encontraba cerca del centro de la ciudad. “En verano el sol raja la tierra y no se puede estar afuera. Hay que quedarse encerrado con el aire acondicionado prendido”, indicó y seguidamente recordó que apenas llovía durante el invierno, el cual era suave, típico de clima *mediterráneo*.

Córdoba era una ciudad de tamaño medio, la tercera más grande y poblada de *Andalucía* detrás de Sevilla y Málaga, y en su área metropolitana de ocho municipios

combinaba rasgos de su antigua pertenencia primero a la *República e Imperio romanos* y posteriormente al *Califato* de la época musulmana. De acuerdo a los datos históricos que Hernán me brindaba mientras caminábamos, el nombre de la ciudad provenía del Siglo I a.C, cuando los romanos la llamaban “*Corduba*”, aunque existían evidencias de que en esa zona había habido otros asentamientos establecidos desde dos milenios antes. A su vez, en el Siglo X llegó a ser una de las ciudades más grandes del mundo.

Según mi guía, en la actualidad, Córdoba tenía 320 mil habitantes pero recibía más de un millón de turistas al año, aproximadamente. Y lo que me sorprendió fue que me contó que la estación de trenes era, después de Atocha, la más transitada de España ya que se conectaba no sólo con Málaga, sino también con Sevilla y *Granada*.

De hecho, la llegada del AVE en 1992 -en coincidencia con la Exposición Universal de Sevilla- fue lo que, para muchos cordobeses, cambió para siempre al paisaje de la ciudad y le devolvió su antigua grandeza.

“Este es un lugar muy turístico, especialmente en esta época del año porque hay muchos festivales, como el de los Patios que acaba de terminar y la Feria de Nuestra Señora de la Salud, que formalmente empieza dentro de un par de días aunque ya se la puede visitar”, me explicó Hernán mientras nos dirigíamos hacia la sede de la *Diputación Provincial* que formaba parte del *Palacio de la Merced*.

En ese trayecto, mi guía me reveló que trabajaba para una agencia de turismo pionera en el ramo y que tenía sucursales en todas partes del mundo, incluso, en Buenos Aires. Según él, esta empresa había descubierto cómo explotar comercialmente las diferencias entre el tiempo real y el virtual, y combinarlas con el espacio. “La mente es el arma más poderosa que tenemos las personas”, sostuvo al tiempo que avanzábamos por la vereda a paso ligero.

Ese poder aplicado, sumado a las nuevas tecnologías informáticas, permitía a una persona realizar un viaje por medio planeta con sólo dos horas de siesta, elegir cada uno de sus destinos y hasta transformarse en otra persona. “El único problema es que el subconsciente siempre nos puede jugar una mala pasada”, aclaró Hernán una vez que nos detuvimos frente a la Diputación.

En dicho complejo funcionaba el antiguo convento de la *Merced Calzada*, constituido en el Siglo XIII, aunque varios sectores debieron ser recuperados debido a un gran incendio ocurrido en 1978. De todos modos, la fachada de la Diputación de tres torres -una central y las de los costados con dos campanas cada una- mereció la pena que la fotografiase.

Continuamos por la *Plaza de Colón* que bordeaba el extremo sur de los *Jardines de la Merced* y en la que funcionaban comercios de diversos rubros, y doblamos a nuestra derecha por *Conde de Torres Cabrera* hasta la *Plaza de Capuchinos*, a la que accedimos por un estrecho camino empedrado.

A medida que avanzaba por ese espacio apenas más ancho que una vereda tuve la sensación de entrar a un callejón sin salida ya que a ambos costados se levantaban viejas edificaciones, blancas y altas, con pequeñas ventanas enrejadas. Sin embargo, aquel encierro era mental ya que a los pocos pasos arribamos a un patio más amplio en el que se levantaba el *Cristo de los Faroles*.

Cómo lo indicaba su nombre, se trataba de la escultura de un Cristo clavado a una cruz y rodeado de faroles, en este caso ocho, en dos tandas de cuatro: los primeros sobre una misma columna en el centro y los segundos cada uno en su pilar formando un rectángulo protegido por una verja negra. Esta obra databa de finales del Siglo XVIII, cuando la levantaron en el antiguo patio del convento del *Santo Ángel* de la orden de los

Capuchinos, quienes donaron ese espacio a la ciudad para que se fundase una plaza que funcionaría como nexo de dos de los barrios más populares.

“Lo ideal es venir hasta acá al atardecer o de noche para poder ver los faroles encendidos o en Semana Santa cuando hay procesión”, me explicó Hernán, cuyo vozarrón retumbó en el callejón ya que éramos las dos únicas personas allí presentes.

Ésa fue una parada breve y nuestro recorrido continuó unos 350 metros hacia el noreste. Bajamos por las escalinatas de la *Calle Cuesta del Bailío* hasta la *Plaza Puerta del Rincón* y seguimos por el *Pasaje de la Estrella* y *Plaza del Conde de Priego* hasta el *Monumento de Manolete*, levantado en 1956 en memoria al torero cordobés *Manuel Laureano Rodríguez Sánchez*, fallecido nueve años antes de la inauguración de dicho conjunto escultórico a raíz de una profunda cornada que en plaza de toros de *Linares*.

A simple vista, este monumento incluía una figura de mármol negro que representaba a Manolete y a ambos lados de la misma, un poco más abajo, sendas estatuas blancas de dos hombres sosteniendo sendos caballos encabritados, cada uno sobre una base de piedra.

Creo que tomé una fotografía de esas esculturas por inercia o, mejor dicho, por respeto a la buena predisposición de Hernán y su infinita generosidad e interés por transmitirme sus conocimientos sobre la historia de Córdoba.

Sin embargo, lo que más atrajo atención en ese sitio fue lo que vi al otro lado de la calle, en el cruce con *Plaza de Santa Marina*, donde se situaba la iglesia homónima. Al parecer, no era yo el único interesado en esa edificación ya que en ese punto me crucé con otros turistas que la apreciaban desde el exterior.

Sus paredes eran amarillentas y se veían gastadas; en tanto que su puerta frontal de madera y una torre campanario detrás y a la izquierda de la construcción central mostraban elementos que combinaban el arte gótico, románico y mudéjar.

“Esta es una de las iglesias católicas denominadas fernandinas ya que las envió a construir el rey Fernando tercero de Castilla tras la conquista de la ciudad en el siglo trece”, detalló mi guía, quien no se esforzó por ocultar un tono despectivo al pronunciar el nombre del monarca, a quien no por nada llamaron el “Santo”.

La iglesia estaba cerrada al público, por lo que sólo dimos un rodeo en forma de semicírculo por todo el frente con escalinatas y al ver los escasos flacos árboles a ambos lados del templo concluí en que en el casco histórico el calor y la sequía podían llegar a ser extremos y, por ende, perjudiciales para la flora.

En ese sitio aprovechamos la presencia de otros paseantes para pedirle a uno de ellos que tomara una foto de Hernán y yo juntos, tras lo cual, seguimos hacia el sur, en dirección al centro comercial. Para ello tomamos por las calles *Santa Isabel e Isabel Losa* hasta *Puerta Plaza del Rincón* y en ésta -que a las pocas cuadras pasaba a llamarse *Alfaros*- pasamos por el frente de una larga serie de locales gastronómicos y hoteles.

Por esa calle sí nos cruzamos con una considerable cantidad de turistas, igual que en la calle *Alfonso XIII* que nos depositó en la *Plaza de las Tendillas*. Fue un camino zigzagueante ya que toda la traza de la ciudad que había recorrido hasta ese entonces se asemejaba a un laberinto, al punto que por momentos tuve la sensación de estar caminando en círculos.

A comparación con el resto del casco histórico, esta plaza era una muestra del futuro con sus tiendas de arquitectura moderna y productos de última generación. Sin embargo, los comercios allí funcionaban desde el Siglo XIV, cuando alojaba también las casas de la *Orden de Calatrava* y pasó a llamarse “*Las Tendillas de Calatrava*”. Desde entonces sufrió numerosas remodelaciones, entre ellas, la formación de la actual plaza en 1908 y la inauguración del reloj, situado en la esquina de la calle *Gondomar*, frente al que cada 31 de diciembre se reunían miles de cordobeses para presenciar como

el reloj sonaba para darle la bienvenida al Año Nuevo. “Es un reloj atípico porque no da campanas sino que toca los cuartos y las horas con el sonido de una guitarra”, indicó Hernán, quien me dejó solo unos minutos para ir a buscar unos folletos ilustrativos de la ciudad al puesto de Información Turística que funcionaba en la plaza.

Mientras tanto, yo me senté a descansar los pies en el borde de la fuente de base triangular y en cuyo centro, delimitado por una círculo repleto de chorros de agua, se levantaba una imponente estatua del “*Gran Capitán*” *Gonzalo Fernández de Córdoba y Enríquez de Aguilar* a caballo.

Abandonamos la plaza hacia el sur, por la calle *Jesús María* y su continuación *Ángel de Saavedra*, primero; y *Blanco Belmonte*, después. A las cinco cuadras llegamos a una esquina donde predominaban las tabernas con menús andaluces. Allí doblamos a la izquierda por *Velázquez Bosco* hasta la *Calleja de las Flores*, donde Hernán me condujo hacia un típico patio cordobés donde las paredes estaban cargadas de macetas colgantes a la altura de las verjas y balcones, en su mayoría, cubiertos de plantas que refrescaban el aire del ambiente.

“Los participantes del concurso abren, de modo gratuito, sus patios para que puedan ser visitados y son tan populares que permanecen abiertos también en épocas especiales como Navidad y de abril a junio. Es más, hay patios que permiten a turistas alojarse en su interior”, describió el guía.

Aquel patio me ofreció una gran cantidad de imágenes hermosas para registrar con la cámara de mi *Smartphone*, por lo que mi paso por allí me llevó un rato, al cabo de cual, reanudamos el recorrido por la misma calle *Velázquez Bosco* hasta *Magistrado González Francés*, donde nos topamos a los pocos metros con la fachada Este de la *Mezquita Catedral*, el sitio más importante de la ciudad y por el que pasaban turistas de todas partes del mundo.

El intenso tránsito peatonal nos obligó a hacer fila en la *Puerta de Santa Catalina*, situada frente a la plaza del mismo nombre, la cual era la desembocadura de una calle peatonal que contaba con un café-bar con mesas y sillas al aire libre, y puestos que vendían remeras estampadas con frases y dibujos alusivos a la ciudad.

La Mezquita Catedral -antes llamada “*Santa María Madre de Dios*” o “*Gran Mezquita de Córdoba*”- comenzó a ser construida en 786 luego de que los musulmanes se apropiaron de la basílica hispano romana de *San Vicente Mártir*. Ésta fue ampliada posteriormente durante el Emirato de Córdoba hasta llegar a los 23.400 metros cuadrados, convirtiéndose en la segunda mezquita más grande en superficie, detrás de *La Meca* y a la *Azul de Estambul*, Turquía.

De acuerdo a Hernán, la de Córdoba tenía como particularidad que su muro de la *qibla* no fue orientado a La Meca sino hacia el sur, una característica habitual en las mezquitas de *al-Ándalus*, término con el que se conocía el territorio de la península ibérica y de la *Septimania* bajo dominio musulmán durante la Edad Media y que, por otro lado, fue el origen del nombre “Andalucía”.

Recién en 1238 el templo dejó de ser de culto musulmán a partir de la reconquista cristiana de la ciudad, cuando se lo consagró como catedral de la *Diócesis de Córdoba* con la ordenación episcopal de su primer obispo, *Lope de Fitero*. Y en 1523 se construyó su basílica cruciforme renacentista de estilo plateresco.

“La mezquita fue declarada Patrimonio Cultural de la Humanidad junto al resto del casco histórico de la ciudad y los turistas la consideran unos de los más grandes tesoros de España y de los principales sitios de interés de Europa”, dijo, orgulloso, mi guía al cruzar la Puerta de Santa Catalina y acceder al *Patio de los Naranjos*, el cual debía su nombre a los 98 naranjos plantados a finales del Siglo XVIII.

Las hileras de estos árboles estaban separadas en tres sectores y en esta especie de oasis dentro de un fuerte se destacaban también las fuentes de *Santa María, del Cinamomo, del Caño Gordo, de Santa Catalina y el Arca del Agua*.

“El patio original, construido por Abderramán primero, segundo y tercero, tenía una función básicamente religiosas pero llegó a convertirse en un punto de encuentro social. Se dice que Alakhén segundo, quien creó las escuelas públicas, utilizó las galerías para dar clases a los niños”, señaló Hernán justo antes de arribar hasta una de las entradas del templo.

Pero como el tiempo nos apremiaba no ingresamos a visitar la mezquita sino que yo eché un vistazo al interior desde una de las puertas ventanas contactadas a una de las galerías techadas. Y la piel desnuda de mis brazos y piernas se erizó ante el profundo silencio y el intenso aire frío que surgía desde el interior completamente en sombra.

Por su parte, Hernán se mostró tan maravillado como yo ante aquel monumento histórico, como si él también lo estuviese viendo por primera vez en su vida. Y como dos niños emberrinchados en tener que despedirse de su lugar favorito, salimos de la Mezquita Catedral por uno de los accesos de la fachada oeste, sobre la calle *Torrijos*. “Vamos hacia el puente”, me dijo Hernán, quien no evidenciaba signos de cansancio a pesar de haber realizado todo el recorrido en sandalias.

En la esquina de *Torrijos y Amador de los Ríos* ya se veía el *Puente Romano*, situado sobre las aguas del *Guadalquivir*, que en árabe quería decir “el río grande”. Este río nacía en el *Parque Natural Sierras de Cazorla, Segura y las Villas*, y descendía de Este a Oeste, recorriendo unos 650 kilómetros, hasta desembocar en el Océano Atlántico, a la altura de *Sanlúcar de Barrameda*, en la provincia de Cádiz.

Para llegar al puente debimos cruzar la *Puerta del Puente*, la cual, según Hernán, la mal llamaban “Arco del Triunfo”, por su parecido estructural con otros arcos

Europeos. En realidad, se trataba de una serie de columnas estriadas de estilo dórico que sostenían un entablamento con distintas figuras.

“Durante veinte siglos éste fue el único puente con el que contó Córdoba”, indicó mi guía apenas comenzamos a caminar por el piso de dicha plataforma construida en el Siglo I d.C., durante el dominio romano, y cuya última remodelación había sido realizada en 2008, cuatro años después de haberlo convertido en una senda únicamente peatonal.

“Las reformas fueron más estéticas que estructurales y no cayeron muy bien en la comunidad local que prefería conservar ciertos elementos históricos”, me explicó Hernán, quien señaló con disgusto primero las baldosas modernas bajo nuestros pies y luego las luminarias colocadas sobre el piso, junto a los muros de contención de ambos lados que funcionaban como barandas.

El puente se extendía por unos 330 metros y al llegar a la mitad de esa distancia nos detuvimos para apreciar el entorno del río, que atravesaba una reserva natural con una gran variedad de aves, algunas de las cuales alcancé a ver entre las ramas de la baja vegetación que crecía en los arcillosos islotes. También puede ver por detrás de la flora la punta de la rueda de un viejo molino situado en la orilla derecha. De acuerdo a Hernán, en total había once molinos a lo largo del cauce del río y éste que veíamos había sido utilizado en la antigüedad como harinero, batán y para proveer agua a las huertas.

Mientras mi acompañante tomaba fotos con su propio celular me quedé observando con curiosidad el pasar de decenas de personas, hombres y mujeres adultos y niños, que cruzaban el puente disfrazados. Ellas iban vestidas como gitanas o flamencas, con largos vestidos y arreglos florales en el cabello. Y ellos se parecían al legendario personaje del *Zorro*, con sombrero y todo, pero sin antifaz. Además, al otro

lado del puente, muchos de estos disfrazados se movilizaban en carruajes tirados por caballos, como en la primera mitad del Siglo XIX.

Hernán vio mi gesto de asombro en medio de la multitud y se me acercó para hablarme: “Todas estas personas están yendo a la feria.”

Y detalló que este evento era el más importante de la ciudad porque durante el mismo se celebraban cientos de atracciones como bailes, conciertos y juegos típicos de la cultura cordobesa y andaluz en el predio *El Arenal*, cercano al Puente Romano y donde se colocaban unas cien casetas como zonas de reunión para los visitantes.

“Es una lástima que no tengas tiempo para ir a verla. Es increíble”, se lamentó Hernán, quien seguidamente me condujo hasta el otro extremo del puente en el que la *Torre de la Calahorra* se levantaba sobre la orilla izquierda del río.

Esta torre estaba cerrada al público, por lo que no pudimos acceder al museo de su interior y nos limitamos a caminar alrededor de la misma y yo tomé un par de fotos de su imponente estructura tripartita, la cual había sido montada por los musulmanes como entrada y protección del puente.

Pasamos allí unos minutos y también bajamos hasta la orilla para tocar el agua y ver de cerca las aves, tras lo cual, emprendimos el regreso hacia el centro de la ciudad para ir a almorzar juntos uno de los platillos clásicos de Córdoba: rabo de toro. Sin embargo, a mitad del puente, Hernán se cruzó con unos vecinos suyos y se alejó de mí para charlar un rato con ellos.

Ante esa situación me quedé parado en medio de la muchedumbre, entre la que en un momento divisé a una mujer inclinada sobre el muro de contención, con los brazos apoyados sobre el mismo y la vista clavada en el agua marrón del Guadalquivir.

“No puede ser”, me dije, estupefacto, al reconocer a aquella mujer. “No puede ser”, repetí meneando la cabeza y colocando mis brazos en jarra.

Instantes después, esta mujer se volvió hacia el centro del puente y al verme allí parado me saludó con la mano, sin mostrarse para nada sorprendida por mi presencia.

“No creo lo que veo”, mascullé dando los primeros pasos hacia dónde se encontraba ella, quien permaneció apoyada sobre el muro, esperando que yo me acercase hasta su posición.

-¿Mora? -pregunté con los ojos bien abiertos apenas estuvimos parados frente a frente.

-Hola Renato -saludó ella con naturalidad.

-¿Qué hacés acá?

-Te dije que mi sueño era venir a vivir a Europa -respondió la mujer y me dio un beso en la mejilla.

-¿Qué? ¿Cuándo?

-Te lo dije apenas nos conocimos.

-Pero... eso fue hace mucho tiempo...

-No tanto como para que te hayas olvidado....

-¿Y cómo llegaste?

-Igual que vos.

-No entiendo.

-Tranquilo -ella me tomó de la mano y clavó sus ojos en los míos-. Ya lo vas a entender.

Miré a mí alrededor y no pude hallar a Hernán. Creo que esta vez me perdí definitivamente, pensé resignado.

Por su parte, Mora dio unos pasos hacia adelante, lentamente y sin soltarme.

-¿A dónde vamos? -pregunté dejándome llevar, al menos inicialmente, hasta descubrir mi nuevo destino.

-A casa –respondió ella mirándome por encima del hombro, sonriente.

Al escuchar esas dos palabras me quedé inmóvil, tratando de dilucidar si para llegar “a casa” iba a tener que volver a Madrid y tomar el vuelo que ya había reservado para regresar a Buenos Aires o si debía seguirla a Mora.

Y luego de unos segundos de desconcierto y temor reanudé mi marcha. Tal vez ella tenía los mismos planes que yo y yo era quien los desconocía. Y mientras caminábamos por el puente mi agotamiento físico y mental fue desapareciendo, mis pies se volvieron más ligeros y me sentí rejuvenecido, como en aquellos momentos guardados en un lejano rincón de mi memoria y en los que el relajamiento solía arrojarme justo antes de ir a dormir.

Desperté con un tremendo dolor de cabeza y una furibunda presión ocular, como si me hubieran hundido los ojos. Me costó reincorporarme pero al hacerlo reconocí que me encontraba en la habitación de mi departamento. Respiré hondo varias veces y el malestar comenzó a menguar. Miré hacia la mesita de luz y sobre la misma hallé mi *Smartphone* y un folleto con un enorme *slogan* en letras mayúsculas y de varios colores que decía: “Recorra el mundo sin moverse de su casa.”

Estiré el brazo para recoger el celular justo cuando sonó la alarma de dicho aparato que me anunciaba que tenía mensajes sin revisar. Al hacerlo descubrí que había varias llamadas perdidas de Eduardo y un mensaje de voz en el que éste, desesperado, me contaba que el hijo de nuestro amigo Juan Manuel acababa de ser “reclutado” para el Nuevo Ejército y que como él no quería que su sobrino sufriera lo mismo con su hermana habían decidido utilizar sus contactos para sacarlo del país.

De acuerdo al mensaje, Eduardo se había ido con ellos y los tres se encontraban “bien y seguros” dónde yo “ya sabía”. Evidentemente, mi abogado evitó darme mayores precisiones porque intuía que nos estaban espiando.

“Vos sabés como soy yo. No me pude contener y tenía que hacer algo al respecto. Te lo avisé”, me dijo y concluyó tajante: “No vuelvas a tu departamento por ningún motivo.”

Todavía aturdido, recordé que él había sido quien, una vez concluida la separación de bienes con Mora, me había recomendado una novedosa agencia de turismo que estaba de moda para que me fuera de viaje, lejos de mis problemas.

Mi mente daba vueltas a toda velocidad y abrí la ventana en busca de aire fresco. Pero al asomarme al exterior de la habitación alcancé a ver que en las calles no había civiles sino soldados con sus uniformes de camuflaje y armas largas, y apoyados desde el cielo por *drones*. “Cuando lo ideal sería irse de acá, yo, en cambio, acabo de regresar”, lamenté, tras lo cual, corrí las cortinas para no ver aquel siniestro paisaje.

Abatido, me tiré sobre la cama y cerré fuerte los ojos ¡Quiero volver!, deseé gritar a los cuatro vientos pero tragué saliva y me mordí los labios. Cómo deseaba irme de ése lugar, viajar por el mundo, empezar de cero, renacer...

AA

Agosto 2018